

Anales: Tomo XIX

Memoria 6.^a

LA REDACCION EN LA ESCUELA PRIMARIA

POR

JOSÉ MARÍA AZPEURRUTIA

MADRID
1924

I. LA REDACCIÓN Y SU IMPORTANCIA.

Entre las materias que forman el plan de la enseñanza primaria en todos los países ocupa lugar preeminente cuanto es estudio de la lengua materna, es decir, todo lo que capacita al niño para usar del lenguaje. Así —y dejo a propósito el conocimiento de la lengua, que el niño ya aporta al ingresar en las aulas— no se olvida nunca en la Escuela primaria el enseñarle a leer y escribir y darle nociones de Gramática, aunque sea en una forma poco adecuada. Se considera tal enseñanza como básica y anterior a toda otra, o, cuando menos, simultánea con otras.

Creo que hay razones para obrar de tal suerte. Sin que el niño sepa hablar, sin que entienda el lenguaje de sus padres y maestros, sin que pueda leer, sin que sepa escribir, no es posible que sea instruido en las diferentes enseñanzas que le han de preparar para la vida. No se concibe enseñanza (aparte de lo que la mímica puede enseñar, aunque sea mucho) sin que educadores y educandos puedan entenderse cuando menos de palabra. Y esa misma enseñanza es limitada si, solamente sabiendo hablar, el niño no sabe leer y no sabe escribir. La palabra y la lectura y escritura son base y fundamento de toda enseñanza.

A este propósito quiero hacer notar una cosa observada en mi viaje. Está fuera de toda duda de que al niño hay que hablarle en su propia lengua, con las palabras que aprendió en casa y en ella usa, aunque después se vaya corrigiendo su len-

guaje y hasta se le enseñe una lengua distinta de la suya propia. Los viejos tiempos en que el niño usaba una lengua en la sociedad y otra en la escuela han desaparecido o cuando menos debieran haber desaparecido. Es un error pedagógico manifiesto el usar con los niños pequeños una lengua que no entienden, que no manejan, que no es la suya. Francia, sin embargo, en la Alsacia ha impuesto en la escuela, sobre todo en los primeros grados, el francés, como medio de comunicación entre maestros y discípulos, y el francés es idioma desconocido para aquellos niños. Será una medida política acertada y de buen gobierno para reintegrar aquellas tierras a su antigua patria. Pero, considerado pedagógicamente, es un atentado de lesa infancia, porque es tortura para los niños y porque les hace perder un tiempo precioso, jamás recobrable. Ha hecho Francia —para quien tantas alabanzas tengo en muchos otros aspectos de su actuación— lo mismo que está haciendo España con los niños que no hablan castellano; por ejemplo, los vascos: imponerles una lengua que no entienden, obstaculizando su desarrollo, haciéndolos de peor condición que a los de otras regiones, puesto que el tiempo que invierten en aprender el nuevo lenguaje no lo emplean en otras materias cuyo aprendizaje pudieran basar en la lengua que entienden. Permítaseme que sobre esto insista, porque muy cerca de mí tengo los inconvenientes del sistema. En una gran parte de Guipúzcoa y de Vizcaya y en una pequeñísima de Alava, la lengua del niño que asiste a la escuela es el vascuence, no el castellano. El Estado —en su afán de uniformar— envía a esas escuelas maestros que no saben el idioma de los niños y, aunque lo supieran, tampoco podrían usarlo por prohibirlo la Ley. ¿Qué ocurre? Los niños, además de no aprender en los primeros años, sufren al ver que no entienden y que no son comprendidos. El maestro de vocación sufre asimismo al notar que le falta el gran medio de llegar al corazón y a la inteligencia de sus discípulos, y el resultado suele ser que dichas escuelas ven pasar innumerables maestros y que no realizan la labor para que fueron creadas.

Afirmada así la necesidad de la enseñanza de la lengua como

medio para otras enseñanzas, es preciso notar que todo cuanto enseña el acertado uso de la lengua es grandemente educativo. Cuantos ejercicios vayan en desarrollo del lenguaje van asimismo en progreso de la inteligencia y favorecen la educación de la voluntad al imponer atención, disciplina en las ideas propias y reflexión sobre las ideas ajenas. La enseñanza de la lengua es una verdadera gimnasia intelectual y puede serlo también moral.

¿Cuáles han de ser los fines que hemos de considerar en la enseñanza de la lengua materna? A mi juicio, dos:

- 1.º Enseñar al niño a interpretar el pensamiento de otro; y
- 2.º Enseñar al niño a expresar su propio pensamiento.

En esos dos fines queda resumido cuanto se puede pretender como resultado de tales enseñanzas. Es decir, que nuestra aspiración suprema es conseguir:

- 1.º Que el niño entienda la palabra oral o escrita de sus semejantes, dándose cuenta fiel de los pensamientos que le exponen; y

- 2.º Que con toda precisión pueda él decir de palabra o por escrito sus pensamientos, sus sentimientos y sus voliciones.

Tenemos, pues, que enseñar al niño a leer, a hablar y a escribir, y todos cuantos ejercicios le lleven a eso han de tener lugar en el programa de lengua.

Voy a prescindir en este trabajo de cuanto no se refiere a la enseñanza de la expresión del pensamiento, si bien, por su íntima relación, por lo que complementa dicho trabajo, no tendré más remedio que referirme a veces a la lectura, si bien considerándola como ayudadora y preparadora de la expresión de ideas. Asimismo el enseñar a hablar lo he de incluir dentro del arte de saber escribir. Entiendo por enseñar a escribir al niño, no el que dibuje bellas letras y precisamente las letras que deben ser. Enseñar a escribir es hacer que el niño ponga en orden sus ideas sobre algo y las vaya expresando de tal forma que el que lea lo que escribe sepa lo que piensa, en la medida y con la exactitud y el detalle que él quiso al expresarse. A esto se llama redacción o composición y no es más que escribir. Todos

cuantos ejercicios de escritura y de lengua lleven a conseguir que se desarrolle el espíritu de observación en el niño, su capacidad para ordenar y clasificar ideas y la expresión de sus pensamientos están incluidos dentro de la redacción. Es decir, que lo que hoy es aprendizaje mecánico de escritura, los ejercicios de caligrafía, los de copia y los de dictado, las lecciones de lectura y de recitación, la enseñanza de Gramática, de Preceptiva y de Literatura, todas deben ser partes de la redacción o composición.

De esta forma entendida, la redacción adquiere un valor extraordinario.

En el aspecto instructivo se da al niño un instrumento hermoso de cultura, una base para miles de otras enseñanzas.

En el aspecto educativo su valor es mayor aún. Hace a los niños observadores; sagaces y reflexivos; fomenta la disciplina en el discurso; construye hábitos de belleza, de orden y de exactitud; puede ser cantera de la que el niño extraiga grandes y fructíferas lecciones de carácter.

II. CRÍTICA DE LA ENSEÑANZA ACTUAL DE REDACCIÓN.

Afirmaba al principio de este trabajo que los españoles no sabemos escribir porque no nos habían enseñado a hacerlo. En los Centros donde se preparan los maestros (Universidades, Escuela Superior del Magisterio) y en aquellos donde los maestros de primera enseñanza se capacitan para su labor (Escuelas Normales, Inspección de primera enseñanza) no se hace una seria preparación del arte de enseñar a escribir; y, como es natural, tampoco puede hacerse luego en la Escuela primaria tal trabajo con los niños. No podemos, pues, echar culpas sobre una sola clase docente. Somos culpables todos y todos debemos poner a contribución nuestra voluntad y nuestro trabajo para capacitarnos en ese sentido.

Hay Escuelas primarias en donde se ejecutan todos los trabajos que pueden llevar a hacer una redacción como es preciso, y en los que hasta se hacen ejercicios así llamados. Mas aún así, a la generalidad de ellas les falta método, es decir, una concatena-

ción y un orden en las lecciones a fin de que, complementando unas a otras, lleguen los niños a escribir. He visto escuelas en donde se conversa con los niños abundantemente sobre diversas cuestiones, mas no se cuidan las frases porque se está tratando de Matemáticas o de Geografía, como si una cosa estorbara a la otra. Otras veces he visto pasar toda clase de faltas de lenguaje escribiendo al dictado, porque lo que se dictaba era un problema de Aritmética y no un ejercicio peculiar de dictado. Asimismo he observado muchas y muchas veces que se estudiaba Gramática y no se aplicaban los conocimientos a la mayor corrección en la expresión del pensamiento. Y cuando en muchas escuelas —de buenos maestros, de profesionales que están sobre el nivel medio de la clase— he presenciado ejercicios peculiares de redacción, he notado que no se habían graduado bien, que no estaban relacionados unos con otros en orden a dificultades, que no habían sido preparados con ejercicios preliminares indispensables, es decir, que precisamente en algo que de por sí es difícil era donde más se despreciaba el plan, el método, la gradación.

Si lo anterior puede decirse de escuelas bastante bien organizadas, de escuelas en donde toda clase de ejercicios son hechos, ¿qué no decir de otras, de la generalidad?

Hay muchísimas en donde toda la enseñanza de la lengua se reduce a enseñar a leer según el método arcaico, sin que haya expresión en la lectura, sin que se estudien las ideas ni su expresión, sin que se razone nada; a enseñar a escribir con buena letra y regular ortografía memorista; a enseñar unas cuantas nociones rutinarias de Gramática. En dichas escuelas suelen desaprovecharse asimismo los primeros años de escolaridad del niño, o lo que es lo mismo, se prescinde de enseñar a los pequeños, precisamente cuando tanto pudiera hacerse como base para posterior labor.

El tipo corriente de nuestras escuelas no es, en cuanto a estas enseñanzas, ninguno de los dos descritos.

En gran número de nuestros establecimientos de primera enseñanza se enseña algo a los niños pequeños, enseñanza que con-

siste generalmente en hacerles leer y escribir simultáneamente y en empezar con ellos el cálculo aritmético; mas es corriente que ni la Lectura ni la Escritura ni la Aritmética sean aprovechadas con motivo de conversaciones en que el niño observe, adquiera ideas, vaya haciendo frases. Tampoco hay conversaciones sobre otros temas (observación de hechos naturales y de escenas y estampas, etc.), ni se hacen ejercicios de recitación ni los que podrían llamarse de preparación a la redacción.

Después, en esas escuelas, los niños leen y a veces lo hacen con expresión. Mas ni ésta se perfila ni el razonamiento de lo leído suele pasar de explicar alguna palabra rara o de ver alguna de las ideas más principales. Pocas veces se complementa la lectura con una recitación, con una declamación, con un resumen, con unas variaciones inteligentes de las frases, con una idea sobre el autor y el lenguaje suyo y el de su época.

De los ejercicios de copia suele abusarse mucho. Existe todavía la preocupación, en gran parte del Magisterio, de la buena letra, y las horas que los alumnos pasan copiando se aprovechan tan sólo para que formen un buen carácter de letra y aprendan una ortografía que, como en los ejercicios de dictado, no se basa en el discurso, en la formación reflexiva de las frases, en la armonía de la lengua, sino en reglas inflexibles, que no se razonan, que se aprenden de memoria en los libros o a fuerza de oírlas de labios del maestro.

En algunas escuelas, cuando los niños son ya mayores, suelen recitar alguna cosa y hasta interpretar algún diálogo o alguna escena de teatro. Y como en ello no ha habido graduación de ejercicios, como la lectura no ha sido hecha en debidas condiciones de análisis de pensamientos y de su expresión adecuada, dichas recitaciones son duras al oído, tortura para los chicos, inexpressivas.

De Literatura y Preceptiva —abundantisimo manantial de redacción— no suele hacerse nada en dichas escuelas. Y lo que se estudia de Gramática suelen ser nociones sin ilación, sacadas de los textos, sin basarlas en el lenguaje corriente, sin ser a él aplicados para corregirlo.

Tal es lo que he visto que se hace en los cientos de escuelas españolas que conozco.

III. PRINCIPIOS EN QUE HA DE BASARSE LA ENSEÑANZA DE LA REDACCIÓN.

Teniendo en cuenta que la redacción ha de ser un ejercicio metódico del espíritu de observación para que, además de dar cultura sobre el fondo de las cosas, enseñe a ser claro y ordenado en la expresión, hemos de reconocer que es materia difícil de enseñar. Supone el redactar observar bien y discurrir bien, ante todo; y después, hacer que la palabra o la escritura acompañen a la buena observación y al buen discurso. Es, a mi juicio, tarea de grandes complejidades, de muchas dificultades, de gran trabajo, la de enseñar a escribir al niño. De ahí la necesidad, mayor aún quizá que en otras disciplinas, de que la redacción obedezca a un plan preciso, bien determinado, a fin de que el niño vaya poco a poco redactando, basando sus progresos en lo anteriormente aprendido, preparando bases para posteriores redacciones. El método en todo es ya la mitad del resultado; en la redacción, mucho más. Hacer ejercicios esporádicos, de vez en cuando, sin ilación unos con otros, es casi perder el tiempo. Hay que metodizar si queremos hacer obra seria.

Me parece haber afirmado que es Francia la nación que mejor ha resuelto estos problemas. Ello se explica porque ha prestado la atención necesaria a tal enseñanza, de suerte que es la composición francesa la materia más cuidada, más trabajada, más atendida en las escuelas. En dicha enseñanza se mira hoy a la experiencia, a la vida, a la verdad, haciendo antes que nada que el niño observe cuanto el medio le ofrezca de real, a fin de que adquiera ideas y las relacione y sean esas ideas elaboradas por él el alma de sus frases orales o escritas. Es decir, que nació y ha vivido la enseñanza de la redacción, como casi todas las materias, divorciada *de la naturaleza* y experiencia del niño y de la realidad; y como todas las demás, ahora se basa en la naturaleza, en lo cercano y conocido,

en lo que la peculiar psicología infantil exige, para ir paso a paso a lo que es abstracto, a lo que está lejano.

Hay que considerar que la redacción tiene que realizar estas tres funciones:

a) Observación de los seres y los actos.

b) Elaboración de ideas.

c) Expresión de las ideas elaboradas:

I. Mediante la palabra.

II. Mediante la escritura.

El método que debe seguirse lo ha resumido Julio Payot en estas frases:

“Hay que escoger siempre los temas en la realidad, en los hechos y seres de la naturaleza al alcance de la niñez; es decir, hay que tomarlos del medio en que el niño se desenvuelve. Si se escogen fuera del medio, procúrese que el ambiente geográfico, histórico o social lejano, deje de serle extraño al niño, acudiendo a la imagen.”

Ante todo, pues, realidad; después, imagen; por último, recuerdo y fantasía. Que el niño aprenda a ver lo que le rodea, lo que es su mundo, lo que es su propia vida, y que sobre ello discorra y exprese su discurso. Después, como su radio de acción es corto, como su experiencia personal es limitada, como no puede alcanzar a ver todo con sus propios ojos, que la imagen, que la lectura, que la palabra del maestro, siempre basándose en lo que es ya su tesoro de ideas propias, le enseñen a elaborar ideas y juicios sobre cosas que no ve y que las exprese. Y como final, que exponga lo que su memoria y su imaginación le indiquen. Ese es el camino a seguir, si no queremos hacer verbalismo, frases huera, párrafos que no digan nada.

En España, por no haber una enseñanza adecuada de párvulos, los niños no van a la escuela hasta los cinco o seis años, sin que, por tanto, pueda el maestro influir en su lenguaje durante los días en que aprende a hablar imitando el lenguaje de los mayores, en esa época tan poco estudiada hasta ahora en que el infante es todo sentidos y continúa siendo infatigable observador de cuan-

tos seres le rodean y de cuantas escenas presencia. Es una pena el que no haya en esos primeros años una mano inteligente que dirija al niño. En ese tiempo —desde que tiene poco más de un año de vida— el niño, al imitar todo, imita asimismo el lenguaje de los que le rodean, va aprendiendo los nombres de las cosas, va construyendo frases, quiere explicar las escenas que ve. Entonces observa mucho, enjuicia abundantemente, elabora muchas ideas y, como es natural, sus observaciones y juicios quiere expresarlos. Para ello acude —él, que todavía no tiene lenguaje suyo— a imitar las palabras y las frases que oye. Es el niño entonces cual tierra virgen en que se puede sembrar con esperanzas de ópimos frutos. Mas, generalmente, sus padres, o no saben hablar o si saben no se preocupan de hacer que hable como es debido. Muchas veces hasta ocurre algo peor: que los padres imiten el lenguaje defectuoso del niño para que éste los entienda mejor, y así retrasan su aprendizaje de la lengua. Hay que desear que las familias se eduquen; y, por lo menos, que tengamos en España la abundancia de escuelas maternas y de párvulos que tienen otros países; esas encantadoras escuelas, cual las montessorianas, la “Maison des Petits” de Ginebra y las muchas que he visto en París, en las que los niños pequeños, en un ambiente de belleza y de libertad, se inician en una vida plena, luminosa, hermosamente humana.

Penetremos ahora en el recinto de la Escuela primaria y fijémonos en los niños pequeños, en los de cuatro, cinco y seis años, a los que ahora la generalidad de los maestros deja abandonados, cual si incapaces fueran de ser sujetos de educación. ¿Qué cabe hacer con ellos? Aportan a la escuela, aunque sea de una manera confusa, una porción de ideas de todas clases, hábitos varios, un vocabulario grande y cierta práctica de elaboración de pensamientos y de su expresión. Sobre esa base ha de fundamentar el maestro su labor, de la que el niño ha de ser sujeto activísimo.

Actualmente las Escuelas maternas de todo el mundo son, por así llamarlas, escuelas de educación de sentidos. En ellas los niños aprenden a ejercitar todos sus sentidos en una forma

metódica: el tacto, la vista, el oído, incluso el gusto y el olfato. Son sometidos a una serie de ejercicios, con los que gratamente, sin fatiga, jugando, se hacen aptos para observar, para comparar y comprobar, para aprender y, por consecuencia, fortalecen su voluntad, desarrollan su inteligencia y forman ideas fundamentales. Todo cuanto aprenden, por los sentidos les entra, aunque luego intervenga la inteligencia. Es decir, que se sigue la regla que la misma Naturaleza marca, puesto que los sentidos corporales son las puertas por donde entran al alma las ideas, o —como alguien ha dicho— las ventanas por donde el alma se asoma al mundo exterior.

Todo cuanto hagamos con el niño pequeño le prepara para hablar y escribir, puesto que el pensar es su base. Sin embargo, hay ejercicios, lecciones y trabajos que llevan más directamente a ello.

Hemos de conversar mucho con el niño pequeño. Hagámosle ver los seres y los actos que están cercanos, ora en la realidad, ora en imágenes y estampas a propósito. En esa observación seamos directores y ordenadores de ideas. Y vayamos corrigiendo las frases sencillas con que trata de explicar sus percepciones, pero sin dárselas hechas, acuciándole para que él las forme. Es decir, que los llamados ejercicios de exposición oral sobre temas concretos y cercanos, han de ser preferentemente hechos con estos niños.

A este propósito quiero hacer notar que en mi excursión he visto que todo se aprovecha en este sentido. Los niños conversan sobre cosas y escenas de su propio cuerpo, de su escuela, de sus juegos, de sus compañeros, mirando antes con sus propios ojos; y que cuando se acude a la observación en las láminas, éstas son variadísimas, hechas unas veces por los editores a propósito, otras sacadas de cuadros de museos, de revistas, de catálogos, de donde se puede. Siempre se trata de ponerle al niño en contacto con la realidad, acudiendo a la mejor imagen cuando aquella no es posible observarla directamente. Los juguetes —imagen que se asemeja más que el dibujo a la realidad— son grandemente aprovechados en esta enseñanza. Y es

una obra buena —por lo que en ese aspecto significa y por lo que supone de confraternidad en el trabajo— la que realizan muchas escuelas parisienses haciendo que los niños mayores, en algunas horas de la vacación del jueves, construyan sencillos juguetes para que en las escuelas maternas sean motivo de juegos, de observación y de ejercicios de lenguaje. La conversación, a mi juicio, sobre temas del ambiente del niño (escuela, juegos, familia, animales domésticos, la calle, etc.), es uno de los medios mejores para que el niño observe y hable. Claro es que tales ejercicios de conversación han de ir graduados y que se necesitan verdaderas condiciones de maestro en quien los dirija.

El Museo Pedagógico de París pone en relación a los maestros que lo desean con manufacturas, industrias y comercios de todas clases y éstos envían a las escuelas sus cuadros de propaganda y sus catálogos, extendiendo así el nombre de su casa y dando a los maestros abundante, variado y barato material, que se puede aprovechar para muchas enseñanzas, con niños pequeños y con niños mayores. Así he visto en muchísimas escuelas anuncios con bellos paisajes de las líneas de ferrocarriles, láminas con utensilios de los diferentes oficios, con máquinas varias, con animales de todas clases; catálogos de ropas, de juguetes, de instrumentos domésticos; elementos inapreciables, que no han costado dinero, para hacer la enseñanza intuitiva.

La lectura hecha por el maestro puede ser también cantera de donde se obtengan materiales para la conversación, para ejercicios de elocución variados y provechosos. Claro que ha de ser una lectura escogida, de cosas que entienda el niño, que le interese, que le atraiga; cuentos y relatos de escenas en que intervengan niños, compañeros, juegos, animales conocidos, personas cercanas. Y si la lectura se complementa con sencillas recitaciones, expresivas, cortas, atrayentes, en verso o prosa, mucho mejor.

El canto —una de las cosas menos cuidadas en España por falta, sobre todo, de preparación en los maestros— es elemento precioso de educación e instrucción en otros países, en donde

hay canciones adecuadas abundantes, en donde los maestros no solamente han estudiado música sino que saben tocar, en donde la misma escuela posee algún instrumento. Los juegos con música, las escenas animadas rítmicas, la misma gimnasia rítmica, de tan alto valor educativo, pueden ser también muy aprovechados para que el niño observe y hable sobre lo observado.

A propósito he dejado para lo último el hablar del aprendizaje peculiar de la lectura y escritura, ya que en sus diversos ejercicios es donde más cabe iniciar al niño en el arte de hablar y redactar.

Si enseñamos al niño —cual en la escuela clásica— a leer empezando por la monótona teoría de las letras del alfabeto impreso para llegar después a la lectura de las sílabas y de las palabras de una forma mecánica, y si le enseñamos a escribir, después de que mal lee lo impreso, empezando por palotes y por curvas, para continuar después con letras minúsculas y mayúsculas y llegar a palabras, sin preocuparnos más que de la belleza de la letra y de la ortografía, si procedemos así, poco haremos en favor de que el niño aprenda a hablar y a componer por escrito, amén del mucho tiempo que habremos empleado y de la tortura que para los niños y para nosotros habrá supuesto.

La lectura y la escritura han de ser emparejadas en su enseñanza, ya que el aprendizaje de la una es base y complemento del aprendizaje de la otra. No concibo la lectura más que mediante la escritura. Y en sus comienzos, la mejor forma de hacerlo es presentar al niño las palabras completas y desmenuzarlas después en sílabas y haciendo que lea y escriba, todo ello, es natural, convenientemente graduado.

Haciendo así la simultaneidad de la lectura y de la escritura, el niño puede ir aprendiendo a redactar, ya que en los diferentes ejercicios ha de fijarse en el significado de las palabras, tiene que dar nombres a las cosas, ha de poner los adjetivos correspondientes, ha de completar frases, ha de pluralizar, etc., etc., es decir, ha de ir aprendiendo reflexivamente y no mecánicamente; ha de ir viendo, al mismo tiempo que hace práctica de signos y de composición de sílabas en las palabras, que todo ello le fa-

cilita el escribir lo que él piensa y el entender lo que otros han pensado y escrito. La práctica de tal enseñanza puede ser para el maestro inteligente un motivo constante para ejercitar al niño en la lectura razonada, el lenguaje y la relación.

Salvo lo que en ese sentido puede significar el método de lectura y escritura de la señora Montessori y el llamado global, que ahora se ensaya en París, me parecen excelentes varios de los libros que en España conocemos. Únicamente se precisa que los maestros los empleemos bien, teniendo como norma que no han de ser más que un cañamazo sobre el cual hemos de bordar un método de lectura, de escritura y de redacción que haga trabajar con reflexión a los niños.

La lectura, no solamente es vehículo de aprendizaje de toda clase de conocimiento, sino que principalmente es medio para que el niño hable y escriba. Ante todo hemos de escoger los libros que deben leerse en la escuela: claros, sencillos, atractivos, bien escritos. Ha de leer el maestro; han de leer los niños después. Se ha de buscar expresión en la lectura; se ha de tratar de entender el contenido de lo escrito. Muchas veces —al leer una descripción de algo conocido— se ha de observar la realidad y se ha de comprobar si el escritor la interpretó tal cual es y se ha de corregir, si corrección necesita. Otras veces convendrá leer un mismo tema en diferentes autores y observar las diferencias en el orden de ideas y en su expresión. Siempre son convenientes los resúmenes de lecturas hechas. También lo son los ejercicios que consisten en convertir en prosa algún trozo de verso leído. En una palabra: la lectura, cuando está bien entendida y dirigida, proporciona ocasiones múltiples de estudiar el lenguaje y de hacer que el niño hable y escriba.

Aquellas conversaciones sobre la realidad observada que se iniciaron con los pequeños deben ser continuadas y, como es natural, ampliadas con los mayores. Si el maestro sabe dirigir la observación, si sabe poner orden en la adquisición de ideas, si se da maña para que los niños enjuicien sobre todo lo observado, con facilidad podrá hacer que sus alumnos vayan hablando adecuadamente y con corrección escriban lo que piensan. Y no des-

aproveche momento, no. Lo mismo da que de Ciencias se trate o que se hable de Aritmética o Bellas Artes; como siempre hay que expresar pensamientos, cabe en todo momento procurar que la expresión sea lo más acertada posible.

He hablado antes de la conveniencia de la recitación. A tal ejercicio se le da en Francia una importancia grande, tanto, que pocos niños franceses hay que al salir de la escuela no conozcan trozos y capítulos enteros de los mejores escritores. A mi juicio, tal práctica es excelente para enseñar a expresarse bien. El ejemplo del buen decir, la repetición cuidada de las bellas muestras del hablar y del escribir, la costumbre de imitar a los maestros del lenguaje, habitúan al niño a usar frases convenientes, a producirse con cuidado y adecuación cuando exprese sus pensamientos. Hagamos que los niños reciten, que dialoguen, que declamen, que representen escenas, sacando los materiales de escogidos autores, preparando los ejercicios, graduándolos, y haremos mucho por el buen hablar de nuestros niños y por la conservación de la hermosa lengua de Castilla. Y si con discreción, sin abusos, celebramos en nuestra escuela alguna fiesta en que sean actores los niños, añadiremos a nuestros estímulos el del aplauso del público.

Los ejercicios de copia y de dictado pueden ser excelentes medios para preparar buena redacción. Sirven para formar en nuestros alumnos una letra clara y para habituarlos a una corrección ortográfica debida. Mas asimismo sirven —si son bien escogidos, si se realizan bien, si están bien metodizados—, como la lectura y la recitación, para dar motivo a conversaciones interesantes y hacer familiares las formas escogidas de expresión. Que no nos muevan al hacerlo motivos de bella letra y ortografía, aunque no sean de desdeñar; que nos mueva, sobre todo, el propósito de presentar modelos de bien hablar al niño para que con su trato continuo vaya aprendiendo a expresarse bien.

Lo que se llama Gramática —la ciencia y el arte de escribir y hablar con propiedad y corrección— puede sernos muy útil, a condición de que no la entendamos como todavía se entiende por muchos. No ha de ser la Gramática una serie de reglas y

definiciones memoristas; así no nos sirve más que para perder el tiempo. La enseñanza gramatical tiene que ser otra cosa. Nuestra enseñanza de la Gramática —cuyo fin ha de ser perfeccionar el lenguaje adquirido empíricamente por el niño— la hemos de dar en los últimos años de su escolaridad, basándola en su propio discurso, haciéndole notar cómo forma él su pensamiento y su lenguaje, qué elementos lo constituyen, cómo debe formarlo para que sea más claro, más adecuado a la idea, más perfecto, haciendo numerosos ejercicios y obteniendo las reglas y definiciones por intuición. Así llegaremos a conformarnos con lo que es la definición de la Gramática; es decir, así trabajaremos por la perfección del lenguaje y de la redacción.

Hay muchos trabajos en la escuela propios de redacción, Entre ellos se encuentran los resúmenes de lecturas y lecciones, las descripciones, las narraciones, los retratos morales, los discursos, las cartas, los documentos públicos usuales, etc. Aunque casi todos caben al hacer las labores a que he venido refiriéndome, voy a decir algunas palabras sobre algunos de ellos, por su mayor importancia.

Las descripciones y narraciones son ejercicios de gran valor educativo por lo que suponen de observación, de ordenación de ideas en la mente y de variedad en la expresión para que incluso la fantasía entre en juego. Ahora bien: se precisa una verdadera graduación en los temas, que han de nacer o de la vida real o de la vista de imágenes o de lecturas a propósito, empezando siempre por lo que está dentro del campo de experiencia del niño y llegando a lo que no puede ver más que a través de la interpretación de otra persona (la familia, la clase, los juegos, los compañeros, los animales domésticos, los diferentes trabajos, etc., etc., al principio, y más tarde, esos mismos temas vistos en la pintura, en la escultura, en un trozo de prosa o de verso).

La redacción de cartas es fácil para el niño que desde pequeño ha estado haciendo múltiples ejercicios de lenguaje y composición, así como es difícilísimo para el que sin preparación se pone a ella. No ha de consistir, como ha sido costum-

bre, en hacer que el niño copie cartas de un libro que ante la vista tenga. Han de nacer, cual todas las redacciones, de una ordenación de pensamientos que den origen a una colección de frases que los expresen con método, claridad y sencillez. Los modelos de cartas —tomados sobre todo de escritores distinguidos— pueden ser aprovechados en forma de lectura, antes que nada, para familiarizarle con la correcta expresión, y para enseñarle algunas fórmulas usuales, que no nacen de la propia reflexión, sobre todo cuando se trate de documentos e instrumentos públicos. Y ayudaría mucho a esta labor por su atractivo, dejando aparte el valor moral que puede tener, el intercambio escolar, es decir, la costumbre, ya establecida en muchas escuelas, de que los niños cambien tarjetas postales y cartas con niños de escuelas de otras regiones.

El estudio de la Preceptiva, en lo más fundamental, incluso la versificación, son cosas que puede iniciarse con los niños mayores, con aquellos que ya manejan con soltura el lenguaje.

INDICE

	PÁGS.
I.—La redacción y su importancia.....	267
II.—Crítica de la enseñanza actual de redacción.....	270
III.—Principios en que ha de basarse la enseñanza de la redacción.	273

